



COMENTARIO DEL ESCRIBA SENTADO.

1. Descripción. (Tipo/función)

Nos encontramos ante una imagen escultórica que representa a un funcionario público (un escriba, como a continuación señalaremos) en posición sedente, a esperas de que su señor le inicie el dictado.

2. Análisis formal. (Materiales, técnica / tipo, tratamiento, movimiento, volumen y color).

Así pues, es una obra tallada en piedra caliza (aunque la rica policromía que muestra nos impide analizarlo con total claridad, puesto que todo el conjunto aparece coloreado con tonos oscuros –para cabellos y pupilas- y tonos rosados para su piel, el cual predomina al estar prácticamente desnuda). De igual modo, es una figura exenta de bulto redondo ideada claramente para ser contemplada de frente, no siendo necesario su contemplación en derredor para observar el contenido de la misma.

En cuanto a la composición de la obra se refiere, podemos apreciar una clara disposición piramidal de la misma, de tal modo que la base estaría constituida por sus piernas, más anchas que el resto de la figura, un tronco constituido por su torso y una cúspide formada por su cabeza. En ella también podemos apreciar un afán por lo geométrico, como es el caso de su rostro y cabello, ojos almendrados, prominentes orejas y labios apretados, constituyendo en sí mismo un todo hierático e inexpressivo. No obstante, no ha sido tratado con excesivo esmero, tanto es así que el cuerpo reproduce ciertos detalles, como la incipiente obesidad abdominal propia de quienes realizan una actividad prioritariamente sedente: acentuada rigidez, desigual desarrollo de la musculatura entre los miembros superiores y los inferiores, descuido en el modelado del pie, que hace visible tan sólo tres dedos. Es por ello por lo que habría que matizar que la monumentalidad o idealización de las obras egipcias corresponden a figuras tan solemnes como las de los faraones o sacerdotes, mientras que los personajes más sencillos, como este escriba que nos ocupa, albergaría un realismo quizás más acentuado.

La clave de esta obra maestra del arte egipcio está en el rostro: la tensión que desde los ojos atentos, que el rictus de la boca acentúa, se comunica al resto del cuerpo,

mientras el escriba aguarda –con el punzón en su mano derecha- a que su señor inicie el dictado que registrará en el papiro desenrollado sobre sus piernas. La escultura representa todas las características propias del arte egipcio: a la rigidez ya enunciada hemos de añadir la visión rectilínea, la ley de la frontalidad, el canon de proporciones que hacen bello al cuerpo que equivale a dieciocho puños, con independencia de los caracteres representados.

3. Comentario artístico. (Estilo, cronología, autor, contexto, valoración).

Por todos estos caracteres mencionados, podemos llegar a comentar y señalar que la obra que nos ocupa se trata del *escriba sentado* (2480-2350 a.C), conservado hoy día en el museo del Louvre. Efectivamente, se trata de una obra realizada en caliza policromada y con incrustaciones de cuarzo blanco, madera de ébano y cristal de roca, de 53 cm. de altura. Y es que gracias al alto nivel alcanzado por la escultura de la IV Dinastía, los sucesores de ésta dispusieron de una legión de excelentes escultores para repartirlos entre los muchos templos y tumbas (el faraón no tiene a menos ahora que sus propios escultores decoren las tumbas de sus más estimados cortesanos, y así lo hacen éstos constar por escrito) que requerían sus servicios. Las necrópolis de Giza y de Sakkara han proporcionado una cantidad inmensa de estatuas de particulares. Ésta es una de ellas.

Aunque los escribas no formaban parte de las altas dignidades palaciegas y administrativas, el funcionario perpetuado en esta estatua (que no sabemos quién es) había alcanzado una posición de respecto en la burocracia estatal y el favor del faraón, que extendió hasta él el derecho a la vida futura. Por lo tanto, el realismo que observamos fue la respuesta para reproducir el rostro del difunto, para que el *ka* lo aceptara como alternativa al cuerpo momificado; y es así como el artista reproduce con acierto la cabeza de la obra, donde centraron toda la atención y esfuerzo, destacando lo más expresivo: la nariz, el mentón y, especialmente, los ojos, que para mayor efecto eran realzados mediante incrustaciones de piedras, cristal y cobre. Relacionado con ello, y como ya hemos señalado, una característica típica de toda esta estatuaria es su carácter mucho más natural, humano podríamos decir, que se refleja en las "imperfecciones" del cuerpo como en este caso es el abultado abdomen, alejado de toda idealización. Se aleja por tanto de la representación de los faraones, seres divinos y perfectos que no muestran esos elementos "humanos" de forma tan evidente.

Por su parte, es una obra perteneciente al periodo egipcio, un pueblo tremendamente religioso cuyo dios más importante era el Sol, que recibe varios nombres: Ra, el nombre principal, Amón dios del sol en Tebas y Horus, sol naciente. Otros dioses eran Anubis, Seth, u Osiris. La familia, que tenía origen divino, era el pilar de la sociedad. Ésta era teocrática y el faraón era considerado a veces como un Dios, de tal modo que idearon enormes tumbas para que garantizaran su vida de ultratumba. El pueblo egipcio creía ciegamente en el faraón e incluso llegaron a pensar que él era el que generaba la paz, la justicia y la abundancia. De igual modo, era una sociedad tipo feudal, con un pequeño número de esclavos; al igual que existía un grupo importante de funcionarios cercanos a la corte y un poder paralelo en manos del grupo sacerdotal. La economía del pueblo egipcio se basaba mayoritariamente en la agricultura, además de una multitud de oficios artesanales.

Es una de las obras que destaca naturalidad y no pertenece al periodo de Amarna (como los bustos de Nefertari y las estatuas de Amenofis IV), pero que representa y deja ver la perfección y dominio escultórico de un pueblo que también legó a civilizaciones posteriores obras como la esfinge de Gizeh o la triada del faraón Micerinos.